

Academia Nacional de Ciencias. Ciento cincuenta años de la Academia Nacional de Ciencias. Córdoba, 2019

SARMIENTO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA ARGENTINA

Lilia Ana Bertoni y Luis Alberto Romero

La construcción de la Argentina comenzó en 1810, pero la organización nacional -una denominación clásica que quizá deba ser revisada- se inició en 1852 y solo llegó a un primer punto de estabilidad en 1880. Fue un trayecto difícil y conflictivo. A las antiguas luchas políticas y militares se agregó la confrontación de ideas y proyectos sobre cómo debía ser la Argentina, más allá de la coincidencia existente en las dos cuestiones principales: el orden institucional y el progreso.

La vida de Sarmiento transcurrió en ese lapso, entre 1811 y 1888. Estuvo entre los proyectistas iniciales, entre los que construyeron el orden con la espada, y sobre todo entre quienes, incansablemente, dieron forma a una nueva sociedad, con la pluma y la palabra.

Entre ellos, Sarmiento sobresalió por su audacia y originalidad, su empeño y su decisión de “vencer las contradicciones a fuerza de contradecirlas”. Su gran proyecto -que hilvanaba la inmigración, la agricultura, la educación y la democracia- chocó con los de otros contemporáneos suyos, pero sobre todo con lo raigal, la tradición, las creencias, las costumbres. Pero, como escribió José Luis Romero, “estaba convencido de que la acción podía reorientar la vida histórica, rompiendo la necesidad”, pues “si el hombre parte en cada instante de un orden dado, el futuro es suyo. He aquí la libertad: venir de la necesidad y disponer del futuro.”

Uno de esos puntos en que la acción libre modifica el orden de las cosas fue la creación de la Academia Nacional de Ciencias en 1869. Fue uno de sus muchos proyectos, un

punto de intersección entre el largo proceso en el que se cruzaron la construcción de la Argentina y la acción de un hombre dispuesto a imponer su voluntad a una realidad resistente.

En este texto procuramos reconstruir la relación entre Sarmiento y el complejo proceso de construcción de la Argentina. Esperamos que sirva de introducción a la historia de esta institución, surgida hace ciento cincuenta años.

EL CAMINO A LA PRESIDENCIA

La llegada a la Argentina en construcción, 1851-55

En noviembre de 1851 Domingo Faustino Sarmiento llegó al campamento del Ejército Grande que Urquiza preparaba en Entre Ríos para el combate final contra Rosas. Venía de Chile, junto con su amigo Bartolomé Mitre y otros emigrados argentinos, y se entrevistó con Urquiza, a quien poco antes había mandado su libro Argirópolis, que el entrerriano agradeció de manera algo imprecisa.

Sarmiento, que había cumplido cuarenta años, era ya un hombre conocido. Nacido en una familia sanjuanina decente pero pobre -cuyo linaje reconstruyó con orgullo en Recuerdos de provincia-, se educó a sí mismo, con la ayuda de su tío Domingo de Oro y la referencia lejana de los jóvenes de la Nueva Generación, pero sobre todo leyendo con avidez cuanto le caía en mano. En el convulso mundo de las guerras civiles, fue maestro en una escuelita rural en San Luis, y también anduvo en montoneras unitarias. En 1840 emigró a Chile, donde conoció un mundo distinto, que dio sentido a muchas de sus lecturas.

Chile tenía por entonces un estado sólido, asentado en las bases autoritarias y

republicanas establecidas en la década del 30 por el ministro Diego Portales. Las luchas facciosas estaban controladas, y no había ni montoneras ni saqueos, sino gobiernos estables y políticas sostenidas más allá de las coyunturas electorales. En Valparaíso, el puerto, -donde residió Alberdi- conoció la significación del comercio internacional. En Santiago, la capital, pudo apreciar el crecimiento material y los atisbos de formas de vida modernas y europeizadas, que emergían entre las tradicionales hispano criollas. Por entonces comenzó a cobrar forma tangible su idea de la ciudad y la civilización, que plasmó en Facundo.

En los quince años de residencia en Santiago, Sarmiento se formó como hombre público. Se ganó la vida con el periodismo, escribió cientos de artículos y fundó un par de periódicos, como El Progreso, un título emblemático. Allí descubrió su talento como polemista, percibió la importancia de la opinión pública y su capacidad para moldearla, con su palabra combativa y convincente. También brilló el escritor costumbrista, a la manera de Larra, capaz de percibir en las cuestiones cotidianas lo profundo y significativo, acumulando observaciones en las que, muy frecuentemente, lo antiguo y periclitado se contraponía con lo nuevo, con el progreso.

En Santiago, Sarmiento aprendió a ser hombre de Estado. Aunque sus ideas eran liberales, no se hizo “pipiolo” -un grupo por entonces minoritario- sino que adhirió a los “pelucones”, los herederos de Portales, que controlaron el gobierno por varias décadas. Estableció una sólida relación con Manuel Montt, ministro de Educación hasta 1851, cuando fue designado presidente. Montt valoró su energía y voluntad, y su interés por las cuestiones educativas. Sarmiento pudo desarrollar sus ideas: organizó la Escuela de Preceptores, escribió libros para enseñar a leer a los niños, desarrolló sus ideas sobre la ortografía española en América. Con esa experiencia práctica fue dando forma a lo que constituyó la base de su programa: la educación popular.

En Santiago siguió pensando en la Argentina. Integró la Comisión Argentina, a la que se

fueron incorporando otros emigrados, como Bartolomé Mitre, Félix Frías y Juan Bautista Alberdi. Mantuvo contactos con exiliados, residentes en Montevideo, Río de Janeiro y otras ciudades hispanoamericanas, todos pensando en cómo combatir a Rosas y, a la vez, cómo transformar a la Argentina.

Su reflexión dio muy temprano un fruto espléndido: Facundo o Civilización y Barbarie, publicado en 1845. Todas las ideas que había desarrollado en sus artículos se transformaron en un diagnóstico profundo de los problemas argentinos. El mal de la Argentina era el desierto, donde se asentaba la barbarie gaucha. La detestaba, pero le fascinaba, y de este doble impulso surgieron sus páginas más inspiradas. Contra ella, ciudades escuálidas, abatidas por el vendaval de la guerra civil y la montonera, no alcanzaban a desarrollar la tarea civilizadora que la historia les asignaba. El diagnóstico concluía con un programa para la Argentina post rosista, que articulaba el ideal del progreso con una idea clara de las posibilidades abiertas por un mundo en expansión. Se trataba de garantizar las libertades y el orden, poblar la pampa con inmigrantes europeos y fomentar la agricultura y la educación.

En 1845 el gobierno chileno lo envió a Europa y Estados Unidos, para interiorizarse de las políticas educativas. Viajó durante tres años y volvió con sus ideas mucho más claras. El futuro no estaba en su admirada Europa, un mundo de ciudades espléndidas, aunque rodeadas de miseria, pero sobre todo de campesinos pobres, tradicionales y rutinarios. Encontró el futuro en Estados Unidos, en la sociedad igualitaria y democrática, en sus farmers, en el vasto mercado interno, para el cuál se había desarrollado una industria moderna, y en la extendida educación de los niños. En Estados Unidos -dice- todos usan el mismo modelo de sombrero, producido a escala por fábricas modernas, y todos pueden leer los avisos en los diarios y también la prensa de opinión. Agricultura, educación, democracia y capitalismo son las clave del progreso que descubre allí y que le da una dimensión más precisa a la propuesta esbozada en

Facundo.

En 1851 su formación de hombre público está completa. Reúne sus proyectos pedagógicos en Educación popular y escribe Argirópolis, una propuesta política algo utópica. Le envía a Urquiza un ejemplar dedicado, sin recibir siquiera un acuse de recibo.

Aunque no compartía el entusiasmo de Alberdi, Sarmiento admitió que Urquiza era el hombre de la hora, el que podía poner en marcha el vasto proceso de transformación que imaginaba. Concurrió a su campamento con dos ilusiones: recibir alguna responsabilidad militar importante -se había provisto en Montevideo de un vistoso uniforme- y convertirse en consejero de quién se aprestaba a derrocar a Rosas. Urquiza le dio una tarea menor: boletín del Ejército Grande, que Sarmiento se empeñó en agrandar, logrando al menos darle una trascendencia póstuma con su Campaña del Ejército Grande. Tampoco se interesó por sus consejos, ni entonces ni luego, cuando lo visitó en su cuartel en Palermo. Allí, para sorpresa de los antirrosistas, Urquiza impuso el uso del cintillo punzó, símbolo de la dictadura derribada. Esto no menguó el entusiasmo de Alberdi -que se había quedado en Chile- pero para Sarmiento fue inaceptable. Decepcionado y sin esperanzas, decidió volverse a Santiago, donde había quedado su familia.

Luego de ser derrotado en Caseros, Rosas se marchó a Southampton y Urquiza, instalado en su caserón de Palermo, convocó a los gobernadores de provincia a una reunión en San Nicolás de los Arroyos. Allí decidieron designarlo provisoriamente al frente de la Confederación y convocar un Congreso Constituyente, al que cada provincia enviaría dos representantes, algo difícil de aceptar para los porteños.

La institucionalización del país -discutida durante cuatro décadas- estaba próxima, y era el momento de dar forma precisa a los proyectos elaborados en los años previos. Los de Alberdi y Sarmiento fueron los más consistentes y difundidos, pero otras voces se

incorporaron a lo que sería un largo debate. Todos partían de un supuesto común: la construcción del Estado era la condición necesaria para impulsar el progreso, cuyas palancas eran la llegada de inmigrantes y capitales. Con ellos, podía ponerse en producción la extensa llanura rioplatense. De ahí en más, las diferencias eran muchas. En lo inmediato, Alberdi fue el más exitoso, pues sus Bases fueron la principal inspiración de la Constitución sancionada en 1853. Alberdi admiraba a Urquiza, como jefe político y también como empresario rural, y no dudaba de su capacidad para conducir por el camino correcto la flamante Confederación.

Un Estado fuerte y un progreso económico acelerado eran los ejes de su propuesta, clara y sencilla. El Estado, que debía garantizar el gobierno de la ley y, sobre todo, impedir la reaparición de las luchas intestinas, adoptaba la forma de gobierno representativa, republicana y federal. La palabra tenía algo de ambiguo. Recogía la tradición de las autonomías provinciales pero a la vez, según el modelo de la Constitución norteamericana, se refería a la construcción de un poder central, llamado federal, que encuadraba y limitara las soberanías provinciales. Para ello, e inspirado en la experiencia de Chile, propuso un Ejecutivo con fuertes atribuciones. Lo llamó la república posible.

Trabajadores y capitales externos debían sustentar un acelerado desarrollo de la producción destinada al mercado mundial y asegurar a los empresarios unas ganancias que posibilitaran la acumulación de capital. No lo preocupaba -al menos por el momento- la atenuación de las desigualdades y la promoción de una sociedad democrática, como se decía en el siglo XIX. De ahí su escaso interés por la educación; no solo era innecesaria sino que podía hacer concebir a los trabajadores expectativas y peligrosas, como se había visto en Europa en 1848. Una instrucción práctica para el oficio era suficiente.

Combinando las intuiciones iniciales de Facundo con la experiencia estadounidense,

Sarmiento llegó a conclusiones diferentes. El orden político y el progreso económico debían estar acompañados de una profunda transformación social y cultural, de sentido progresista y democrático. En el centro de su programa estaban las tierras y la educación. Los inmigrantes debían convertirse en agricultores propietarios de sus tierras, y sus hijos argentinos debían ser educados. Así se construiría, simultáneamente, un mercado interno dinámico, una sociedad igualitaria y una ciudadanía educada para ejercer sus derechos.

Por otra parte, Sarmiento no creía que Urquiza -el hombre que quiso imponerle el cintillo punzó- fuera el indicado para encabezar una transformación profunda. Ese fue el centro de su enconada discusión con Alberdi, desarrollada en la prensa chilena. A las Cartas quillotanas de Alberdi respondió con Las ciento y una, mezclando en la polémica argumentos serios con denostaciones personales. El conflicto se atenuó hacia 1855, cuando las circunstancias políticas en el Río de la Plata abrían nuevos temas para la disputa.

Mientras en el Plata se desarrollaban procesos políticos apasionantes y de incierta resolución, Sarmiento se aburría en Chile. Su amigo Montt intentó entusiasmarlo con diversos proyectos, como la dirección de El monitor de la educación común, pero su atención estaba en Buenos Aires. Redondeó sus ideas pedagógicas en Memoria sobre educación común, que publicó en Chile en 1856, pero simultáneamente envió a Mitre un proyecto de colonización y educación en la costa del arroyo Maldonado, en Buenos Aires. A principios de 1855 se decidió y se trasladó a Buenos Aires, recorriendo en carruaje el largo camino a través de la pampa.

La Confederación y el Estado de Buenos Aires, 1852-1862

Urquiza llevó adelante su plan de organización institucional, que culminó con la sanción de la Constitución en 1853, pero Buenos Aires no aceptó el arreglo, y luego de la

revolución del 11 de setiembre de 1852, constituyó su propio Estado. La separación duró diez años, algunos pacíficos y otros conflictivos.

Las autoridades de la Confederación residieron en Paraná, mientras que el puerto de Rosario fue el punto de enlace entre las provincias, Buenos Aires y el comercio de ultramar. El nuevo Estado tuvo muchas dificultades para organizarse, en buena medida por falta de recursos. Las aduanas exteriores rendían poco, salvo la de Rosario, y el intento de gravar con derechos diferenciales las importaciones introducidas por Buenos Aires no logró resultados significativos. Se obtuvieron algunos empréstitos, y el gobierno pudo propiciar varios emprendimientos relativos al progreso, como el de la colonización en Santa Fe o el establecimiento de un sistema de mensajerías, postas y correos, pero no pudo poner en marcha su gran proyecto: un ferrocarril que uniera Rosario con Córdoba y acelerara la integración de las trece provincias.

Cada provincia dictó su constitución, según los lineamientos de la nacional. Urquiza intentó organizar un ejército nacional, pero los gobiernos provinciales se resistieron a ceder el control de sus milicias, decisivas para mantener el control político local, amenazado por la aparición de nuevos grupos políticos liberales.

En su camino desde Mendoza a Buenos Aires Sarmiento vio algunos brotes de progreso en medio de la tradicional apatía provinciana. Lo entusiasmó el rápido progreso de Rosario, y lo asombró Buenos Aires, una ciudad que superaba a Santiago en modernidad y civilización. En la multitud reunida en los festejos de la Plaza de la Victoria no encontró “rotos”, como en Chile, sino “millares de vascos, italianos, españoles, franceses”. Agregaba, recordando su experiencia estadounidense: “El traje es el mismo para todas las clases, o más propiamente hablando, no hay clases”.

Era una sociedad nueva, dinámica y democrática, con numerosas y variadas asociaciones voluntarias: recreativas, étnicas, mutuales, deportivas o simplemente de sociabilidad. Él se sumó al Club del Progreso y a una logia masónica, donde se reunía la

opinión liberal y progresista.

Vascos e irlandeses protagonizaban desde 1840 la expansión del ovino, ya limitada por una frontera indígena cercana desde donde Calfucurá organizaba sus temidos malones.

La riqueza rural y el activo comercio externo estimulaban las manufacturas y los servicios urbanos. En todas las calles había andamios y comenzaban a alzarse edificios públicos, como la Aduana Nueva. A diferencia de la Confederación, las finanzas porteñas eran sólidas, por las rentas de una Aduana cada vez más activa, los empréstitos contratados en el extranjero y sobre todo por la existencia del sólido Banco de la provincia de Buenos Aires, que emitía billetes de amplia circulación.

La Constitución de 1854, que consolidó las instituciones del Estado provincial, dio lugar a importantes debates. Se definió la autonomía y soberanía provincial, contra la opinión de quienes, como Bartolomé Mitre, defendieron la idea de que había una nación preexistente. También se definió la ciudadanía según el lugar de nacimiento -el principio del *ius solis*-, que luego se incorporaría a la Constitución nacional.

La amplia libertad de opinión y de prensa dio una fuerte vitalidad a la política. Se consolidó un ámbito de discusión pública de peso en las decisiones gubernamentales. Las elecciones -de antigua tradición en la provincia- se hicieron competitivas, y la intervención de los gobernantes, con poderosos recursos administrativos, resultó balanceada por la emergencia de un nuevo sector de políticos surgidos de los clubes y comités, de la prensa y de la Guardia Cívica, ámbito de deliberación ciudadana. Para ganar una elección era necesario tener buena presencia en la opinión, influencia en la Guardia Cívica y un aparato organizado de votantes. En estos nuevos escenarios comenzaron a destacarse políticos de nuevo modelo, con el joven Adolfo Alsina y el hombre de la hora: Bartolomé Mitre.

Sarmiento confió en la influencia de su amigo para hacerse un lugar en la política porteña, escenario ideal para desarrollar sus ideas y proyectos. Mitre le cedió su lugar

como jefe de redacción de El Nacional, donde, como en Chile, expuso sus ideas sobre las cuestiones más diversas y polemizó con todo el mundo. En cuanto a la función pública, poco a poco consiguió hacerse un lugar; fue miembro del Concejo Municipal en 1856, senador provincial en 1857 y ministro de Gobierno de Mitre en 1860. Desde la banca y desde el periódico -la pluma y la palabra- impulsó muchos proyectos relativos al fomento agrario y la colonización de tierras fiscales, como el apoyo a los agricultores de Chivilcoy que querían regularizar sus títulos de propiedad.

El programa educativo en marcha

Al llegar a Buenos Aires había advertido las posibilidades de prosperidad que allí se abrían al hombre común con instrucción. En 1855 fue nombrado jefe del Departamentos de Escuelas de la provincia, un cargo que solo tenía injerencia en las escuelas de la campaña, pues en la ciudad la responsabilidad correspondía a la Municipalidad y a la Sociedad de Beneficencia, a cargo de las escuelas de niñas y de huérfanos. Sin embargo, desde allí inició su acción sobre el problema que estaba a la cabeza de sus preocupaciones y que, a la larga, definiría su lugar en la historia argentina.

Para esa sociedad activa y emprendedora Sarmiento se propuso crear escuelas de excelencia que respondieran a los requerimientos presentes y también a los del futuro. Proponía una educación que fuera más allá de lo elemental, de los rudimentos de lectura, escritura, operaciones aritméticas y doctrina cristiana, y de “la letra con sangre entra”. Que brindara una instrucción abarcadora, con conocimientos de las humanidades y las ciencias modernas, y que fuera el inicio de un camino posible de ampliar según las capacidades y el empeño de cada uno.

Concebía una escuela abierta a todos, que atrajera a los niños y niñas hijos de todos los sectores de la sociedad, profesionales, comerciantes, obreros y artesanos, como lo

sería el alumnado que pobló las nuevas escuelas de Catedral al Sur y Catedral al Norte. No se trataba ni de escuelas estatales para pobres, ni tampoco de escuelas gratuitas. Propuso que impuestos y contribuciones formaran un fondo educativo autónomo, a salvo de los vaivenes políticos, algo que no pudo concretar.

La educación común de calidad que propiciaba debía ser la palanca del desarrollo de la economía y de transformación de la sociedad. Daba respuesta a las aspiraciones individuales de cambio y ascenso social y posibilitaba la formación de una sociedad civil con ciudadanos capaces de defender sus intereses privados y participar en los asuntos públicos.

Para extender la matrícula escolar creó nuevas escuelas y recurrió, como ya lo hacían otras, a los profesionales y universitarios inmigrantes que estaban al alcance de la mano. También creía que para las mujeres la docencia abría a un campo profesional digno y muy amplio, que les ofrecía independencia, desarrollo intelectual y progreso personal. Con esa idea, procuró obtener un mayor presupuesto para la escuela de maestras de la Sociedad de Beneficencia.

En 1858 fundó la escuela graduada de Catedral al Sur, y poco después la de Catedral al Norte, con las que mostró lo que podía llegar a ser una escuela común de calidad. La primera, con edificio refaccionado, libros escolares actualizados traídos de Nueva York y material didáctico moderno fue dirigida por educador francés Raoul Legout. Además de humanidades y ciencias, incorporó la enseñanza de idiomas, música, canto y dibujo. Centrada en el aprendizaje de conocimientos disciplinares, se proponía desarrollar la comprensión, el discernimiento y la capacidad de pensar. Sarmiento lo definió como el método de “aprender a aprender” las claves de cada arte o disciplina.

Estas escuelas encontraron apoyos en la sociedad y también obstáculos, críticas y rechazos de los sectores conservadores. Se iniciaba un largo debate entre el progreso y la tradición. Sarmiento recurrió a la prensa para difundir sus ideas, pues consideraba

que el apoyo de la sociedad era decisivo para el éxito de su empresa. Desde 1858 esas ideas fueron difundidas en los Anales de la Educación Común que continuó publicándose después de su partida de Buenos Aires. El cambio que había generado en la educación fue decisivo: sentó las bases de la educación común y puso en marcha un proceso y una tradición educadora que perduraría por muchas décadas más.

La guerra y la reunificación, 1860-62

Tanto como los proyectos de largo plazo, apasionaba a Sarmiento la política cotidiana. Aspiraba a llevar el progreso a las provincias, velis nolis, y muy especialmente a San Juan, la provincia de sus desvelos. En los años siguientes, los conflictos sanjuaninos desencadenaron los dos enfrentamientos bélicos que cambiaron el rumbo del país.

La Confederación y Buenos Aires vivieron los años de la separación en una tregua inestable, jalonada de desafíos, pequeños y grandes. Desde Paraná, experimentados periodistas emigrados de Buenos Aires hostigaron al gobierno porteño. Este, a su vez, en las provincias gobernadas por los federales, estimuló la organización de grupos liberales afines con su política. En San Juan, en unas elecciones confusas celebradas en 1858, se impuso el candidato liberal. Nazario Benavides, antiguo gobernador y viejo conocido de Sarmiento, fue encarcelado y asesinado en su celda. Urquiza intervino la provincia y designó gobernador al general correntino José Virasoro.

El episodio desencadenó el conflicto armado entre los dos estados. En octubre de 1859 se enfrentaron en Cepeda y venció Urquiza. Mientras Buenos Aires organizaba su defensa, el vencedor se mostró conciliador y luego, con la mediación de Francisco Solano López, hijo del presidente del Paraguay, llegó a un acuerdo con los porteños. Según el pacto de San José de Flores la provincia se incorporaría a la Confederación con dos condiciones: retener el manejo de las rentas de Aduana por cinco años y revisar la Constitución en un Congreso reunido al efecto. Por entonces, en la Confederación hubo

elecciones presidenciales, que consagraron al cordobés Santiago Derqui y al puntano Juan Pedernera.

En Buenos Aires se eligió la Convención revisora de la Constitución, que encomendó la tarea previa a una comisión, integrada entre otros por Mitre, Vélez Sarsfield y Sarmiento, quien tuvo un papel destacado. Preocupado por salvaguardar la autonomía de Buenos Aires, y por añadidura la de las restantes provincias, impulsó modificaciones que tenían como modelo la Constitución estadounidense. La propuesta incluía la derogación del artículo que declaraba capital a Buenos Aires; en el futuro se establecería por una ley del Congreso, previa cesión hecha por la Legislatura de la provincia interesada. También se precisaron los alcances de la intervención federal, y se protegió el conjunto de las libertades personales vigentes en cada provincia, y particularmente la libertad de imprenta. El *ius solis* -el nacimiento en el lugar- era establecido como principio de ciudadanía. La propuesta fue aprobada por la Convención. En cambio rechazó un agregado, propuesto por F. Frías, por el cual se declaraba el catolicismo religión de Estado. Estas modificaciones fueron incorporadas a la Constitución nacional por el Congreso Nacional Constituyente.

Por entonces Mitre había sido electo gobernador de la provincia y Sarmiento fue su ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. En esta etapa de transición, las relaciones con la Confederación marcharon muy bien: Urquiza y Derqui fueron invitados a Buenos Aires, y poco después Mitre y Derqui visitaron a Urquiza en San José. Pero cada uno tenía detrás suyo partidarios intransigentes, que no querían transacciones sino triunfos totales. Sarmiento era uno de ellos.

En su provincia, San Juan, volvió a estallar el conflicto. Una pueblada de los liberales concluyó con la deposición y asesinato del gobernador Virasoro y la designación de Antonino Aberastain, íntimo amigo de Sarmiento. De inmediato la Confederación envió como interventor al gobernador de San Luis Juan Súa, quien en enero de 1861 depuso a

Aberastain y lo ejecutó. En pocas semanas se sumó otro conflicto: producida la elección de diputados al Congreso nacional, uno y otro bando se recusaron recíprocamente, por cuestiones relativas a los procedimientos electorales, y la mayoría confederal decidió rechazar a los diputados porteños. El casus belli estaba configurado.

La batalla de Pavón, en setiembre de 1861, tuvo resultado incierto, pero sorpresivamente Urquiza abandonó el campo de batalla y retornó a su provincia, dejando al presidente Derqui librado a sus fuerzas. Sarmiento, que había dejado el ministerio, le pidió a Mitre, en una carta luego célebre, que persiga a Urquiza y acabe con él: "Southampton o la horca", escribió. Mitre optó por un camino más prudente. Acordó con Urquiza la inmunidad de Entre Ríos y de su gobernador a cambio del abandono a su suerte del resto de las provincias. En noviembre Derqui abandonó la presidencia de la Confederación, que se derrumbó. Expediciones militares porteñas recorrieron las provincias y promovieron la elección de nuevos gobernadores, afines con la política de Buenos Aires. Uno a uno, éstos acordaron la delegación provisoria de las facultades presidenciales en Mitre, que debía convocar a elecciones legislativas y presidenciales. En octubre de 1862 la transición terminó, con la elección de Mitre como presidente constitucional, acompañado del cordobés Marcos Paz.

Mitre, Sarmiento y la construcción del orden, 1862-68

En estos meses confusos y decisivos, Sarmiento decidió sumarse al ejército que, al mando del general Paunero, recorrió el interior cambiando gobiernos. Se separó de la columna principal siguiendo al general Arias, que marchó sobre Cuyo y recaló en San Juan, donde en enero de 1862 fue electo gobernador.

Tenía 51 años y estaba dispuesto a transformar la provincia, en medio de un clima político tenso. Por entonces, el riojano Ángel Vicente Peñaloza, "el Chacho", encabezó una extendida resistencia regional al gobierno nacional y a sus tropas de ocupación,

que en San Juan hizo recrudecer el conflicto entre las familias liberales y federales. Pero en mayo de 1862 el riojano y el gobierno central llegaron a un acuerdo, firmado en Banderitas. Como parte de ese frágil entendimiento, Peñaloza aceptó la comisión gubernamental de asegurar la paz en La Rioja.

Desconfiando de la solidez de la tregua, Sarmiento organizó un batallón de rifleros y pidió cañones a Mitre. También le pidió una imprenta, para reeditar El Zonda y movilizar la opinión local. Se propuso organizar los tribunales de justicia, una empresa ardua por la falta de abogados. Sancionó una ley de Educación, puso en marcha un Colegio de estudios preparatorios, fundó una escuela, una quinta normal, un hospital, un hospicio, una cárcel.

¿Cómo obtener los recursos para tantas empresas iniciadas, y tantas otras que tenía en la cabeza? La solución estaba en la minería, un tema que conocía por haber sido minero en el Norte Chico chileno. El tema lo obsesionó, luego de que el ingeniero inglés Rickart relevara los yacimientos de oro y plata de la provincia. Comenzó a comprar materiales e instrumentos y le pidió ayuda a su amigo Mitre para financiar el emprendimiento, hasta que llegaron los inversores chilenos e ingleses. Nada de eso ocurrió.

En 1863, en distintos puntos de las provincias andinas y del noroeste comenzaron a levantarse montoneras. Poco después Peñaloza, cuyo prestigio era legendario, se puso a la cabeza del movimiento y pidió apoyo a Urquiza, referente habitual de los grupos federales, pero el entrerriano no contestó. Mitre nombró a Sarmiento "Director de la guerra" y lo ascendió a coronel, pero sus opiniones eran diferentes. Mitre quería acotar el conflicto, mientras que Sarmiento proclamó la guerra a muerte y, contra las normas de la Constitución, dispuso el estado de sitio en San Juan.

La guerra fue larga. Las tropas nacionales, mandadas por Paunero, eran superiores, pero Peñaloza las desconcertó con la rapidez de sus movimientos. Finalmente fue

acorralado en Olta, apresado y muerto de un lanzazo. Su cabeza se exhibió en la punta de una pica, según las costumbres que Sarmiento y los demás reformadores se habían propuesto suprimir. Mitre, a cuyas órdenes estaban los ejecutores, solo lamentó el asesinato de Peñaloza, mientras que Sarmiento -sin responsabilidad directa- lo celebró.

Por entonces -fines de 1863- había perdido las ilusiones: ninguno de sus emprendimientos había fructificado, la opinión local le era adversa, tenía problemas familiares y se sentía viejo y deprimido. Decidió dejar el gobierno de San Juan y gestionó su designación como diplomático en Estados Unidos, hacia donde partió en los primeros meses de 1864. Un año después escribió a Nicolás Avellaneda:

“necesitamos fundar gobiernos y no hemos dado el ejemplo”. En su interior seguía desarrollándose una discusión sobre el orden y el progreso, los medios y los fines, a la que su segunda experiencia en Estados Unidos aportaría algo de claridad.

La derrota de Peñaloza inició una tregua pero no acabó con el disconformismo hacia los “porteños” -así eran vistos los agentes del nuevo Estado- y la presencia militar se hizo permanente. Retomando el proyecto de Urquiza, Mitre inició la organización del ejército nacional y trató de subordinar a las milicias provinciales. El primer fracaso lo experimentó en Buenos Aires, donde el gobierno organizó su propia guardia provincial. En las restantes provincias, las milicias siguieron de hecho controladas por los gobernadores.

El poder estatal debió apoyarse en la tropa de línea, asentada en las provincias y en la zona fronteriza, donde se libraba una guerra defensiva contra los “estados” aborígenes. Los regimientos se estacionaron en las provincias, donde los jefes militares – Arredondo, Paunero- intervinieron sin disimulo en la política local. Se les sumaron los hermanos Taboada, “caudillos positivos” que gobernaban Santiago del Estero y disciplinaban a las vecinas Tucumán y Catamarca. Simultáneamente, Mitre promovió a grupos locales solidarios con los liberales porteños. Este ordenamiento duró poco, pues

en todas partes las fuerzas políticas se dividieron y reagruparon, y el impulso del nuevo Estado, vigoroso en 1862, se fue diluyendo.

La división fue nítida Buenos Aires. El Partido de la Libertad, dominante desde 1852, se escindió en nacionalistas y autonomistas -sus jefes eran Mitre y Adolfo Alsina- que discutieron sobre las relaciones entre el gobierno nacional y el de la provincia. En 1863 los autonomistas rechazaron la capitalización de Buenos Aires propuesta por el presidente Mitre, y solo aceptaron que el gobierno nacional fuera huésped provisorio de la ciudad. También conservaron su guardia cívica y defendieron el manejo del poderoso Banco de la Provincia.

En las demás provincias se había replicado la división de los liberales. La vida política solo se había renovado parcialmente, el debate público era apenas incipiente y el recurso a la fuerza era lo habitual. A diferencia de antaño, las diferencias doctrinarias no eran insalvables, pues todos coincidían en el apoyo al orden constitucional y en la defensa de las libertades. Pero las rivalidades familiares y los viejos agravios enconaban la lucha por el poder y sus recursos. La identificación de unos con Buenos Aires y de otros con Urquiza convertía fácilmente los conflictos locales en problemas nacionales.

La construcción del Estado y el fomento del progreso

Mitre retomó la tarea, iniciada con poca fortuna por la Confederación, de construcción de las instituciones del Estado nacional. Si bien podía contar con la base institucional de Buenos Aires y con los recursos de su Aduana, hubo reticencia en quienes gobernaban la provincia, que derivaron en la mencionada división entre nacionalistas y autonomistas.

La prioridad era la organización de los poderes. La construcción de una nueva sede para el Congreso, a pasos del Fuerte, tuvo importancia simbólica y también práctica, pues la acción parlamentaria pudo desarrollarse con regularidad. Respecto del Poder Judicial,

se constituyó la Suprema Corte de Justicia, integrada por personalidades destacadas, con diferentes orientaciones políticas; faltaba instalar los juzgados y las Cámaras, una tarea de largo plazo. Luego vinieron los códigos. Se dio validez nacional al Código de Comercio de la provincia. Vélez Sarsfield redactó el Código Civil, aprobado en 1869; menor celeridad hubo con el Código Penal, cuya redacción se encargó a Carlos Tejedor. Con respecto a las finanzas públicas, los ingresos crecieron sostenidamente, al paso de la expansión del comercio externo y de los ingresos aduaneros, y el crédito externo permitió financiar gastos extraordinarios, como el de la guerra con Paraguay. También se incrementaron los gastos: pago de la deuda pública interna, heredada de la Confederación y de Buenos Aires, y subsidios a las provincias. La parte más importante correspondió al Ejército, que afrontó la guerra con Paraguay y una nueva insurrección interna.

Se encaró la unificación de la moneda nacional. Por entonces circulaban los billetes emitidos por el Banco de la Provincia de Buenos Aires, y las monedas de oro o plata, proveniente del activo comercio de algunas provincias con Chile y Bolivia. El intento de nacionalizar el Banco de la Provincia fue categóricamente rechazado por sus autoridades, de modo que se recurrió a una solución provisoria pero efectiva: la creación del peso fuerte, una unidad monetaria de cuenta, con paridad establecida con el oro.

El proyecto de educación común puesto en marcha por Sarmiento en la provincia de Buenos Aires continuó desarrollándose y expandiéndose. El gobierno nacional le abrió un rumbo nuevo con la creación, en 1863, del Colegio Nacional de Buenos Aires, una institución “de educación científica preparatoria, en que se cursarán las Letras y las Humanidades, las Ciencias Morales y las Ciencias Físicas Exactas”, a fin de que estuviera a la altura de las más avanzadas del mundo. Amadeo Jacques organizó el plan de estudios. Fue el modelo, con algunas variantes, para los demás colegios nacionales, los

ya nacionalizados por Urquiza como el de Concepción en Entre Ríos y el de Monserrat de Córdoba, así como los que se fueron fundando en las otras capitales de la provincia.

En los colegios nacionales se puso el énfasis en una formación general amplia, dirigida - según dijo el ministro N. Avellaneda- no solo a “jóvenes destinados únicamente a la carrera universitaria... sino con el fin de difundir la educación y formar hombres capacitados para la producción de la riqueza y para la vida social y política de la República”.

La renovada vida política e institucional demandaba esos hombres capacitados, y los colegios apuntaban a contribuir a la formación de la civilidad. Estaban dirigidos a la ciudadanía en general, sin exclusiones por razones de estatus, raza o religión, como algunos de los antiguos colegios de estudios preparatorios, que exigían certificados de pureza de sangre y el cumplimiento de los ritos católicos. A fin de que fueran accesibles a todos los jóvenes con talento, con ansias de mejorar, se dispuso el otorgamiento de becas para los de pocos recursos.

El progreso en marcha

En los años de 1860 los signos de la transformación eran inequívocos: el progreso estaba en marcha. La coyuntura internacional era excelente: el capitalismo experimentaba el “gran boom”, el mercado mundial se expandía, las mejoras en los navíos abarataban el costo del transporte y en Europa multitudes de inmigrantes buscaban mejor destino mientras los inversores, más mesuradamente, buscaban nuevos negocios.

La producción ovina se expandió notablemente. La oveja ocupó las mejores tierras de Buenos Aires y avanzó por el sur de Santa Fe y Entre Ríos. La demanda laboral era sostenida y los altos salarios ofrecidos atrajeron a inmigrantes del extranjero y también

de las provincias. El sistema de aparcería, en el que se compartían riesgos y beneficios, resultó eficaz, y permitió que muchos aparceros se convirtieran en pequeños o medianos propietarios. En la campaña, surgieron numerosos centros urbanos, donde se radicaron comerciantes, artesanos y profesionales.

La exportación se multiplicó -la lana se vendía a Francia, Bélgica y Alemania-, tonificando la actividad del Buenos Aires y, de manera indirecta, de Rosario. Creció el mercado interno, inmigrantes especializados en diferentes artesanías instalaron sus talleres en la ciudad, se multiplicaron las tiendas, las calles comenzaron a iluminarse con luz de gas y -dato significativo- abrió sus puertas el Banco de Londres y el Río de la Plata.

La agricultura -el sueño de Sarmiento- creció lenta pero significativamente, acompañando la expansión de la demanda local. A la tradicional zona triguera, cercana a Buenos Aires, se le agregaron nuevos núcleos, como el de Chivilcoy, luego de que sus esforzados agricultores lograron resolver sus problemas con los títulos de propiedad de sus tierras. En el centro de Santa Fe las colonias agrícolas, iniciadas con la fundación de Colonia Esperanza en 1856, se multiplicaron en los años siguientes y se especializaron en la producción de trigo, comenzando a abastecer la demanda de los ejércitos establecidos en la región con motivo de la guerra con Paraguay. Más moderadamente, la prosperidad se extendió al interior. La eliminación de las aduanas provinciales y cierta mejora en los caminos y en los transportes facilitaron la llegada a los mercados del Litoral de la variada producción artesanal, particularmente maderas y cueros. Los productos llegaban a Rosario, desde donde se transportaban por río hasta Buenos Aires.

Otra oportunidad ya se había abierto para las provincias interiores: el comercio con los países limítrofes. Corrientes vendió vacunos en el sur de Brasil. Mendoza engordó ganado en sus praderas alfalfadas para vender en Chile, que por entonces prosperaba

por el efecto de la “fiebre del oro” en California. Salta exportó a Bolivia ganado vacuno y mulas, y por allí entraron las monedas de plata, que por entonces circulaban tanto como los pesos porteños. Tucumán prosperó como centro comercial regional, exportando manufacturas variadas a los mercados del Litoral. Pese a esta moderada prosperidad, hombres y mujeres continuaron migrando al litoral, donde había empleo bien pago. La magnitud de esta emigración sería revelada en 1869, cuando se levantó el primer censo de población.

Junto con el tonificante impulso de las fuerzas de un mercado que se desplegaba libremente, la acción del Estado destrabó problemas y aportó ayuda para posibilitar la expansión. Lo más importante era la construcción de los ferrocarriles, por razones económicas y también políticas. La inmigración requería de algunos estímulos. La tierra fiscal debía ser entregada a quienes la hicieran producir, y el tema de la frontera y los términos de la convivencia con las sociedades aborígenes, debía ser solucionado, de una manera que todavía no estaba clara.

Estos habían sido los temas centrales de los grandes proyectistas. Aunque había acuerdo sobre su importancia, se discutió con intensidad sobre cómo hacerlo. Las ideas del presidente Mitre eran un poco diferentes de las de Sarmiento. No pensaba que el país estuviera en el comienzo de un cambio de rumbo completo, sino más bien consolidando un rumbo ya existente.

Como señaló T. Halperin Donghi, su obra de historiador es elocuente al respecto. Empeñado en encontrar los orígenes de una nacionalidad argentina que quería fundar en bases sólidas, historió el desarrollo desde la Colonia de una sociedad singular, fronteriza, poco jerárquica y espontáneamente democrática, y de una vida económica vinculada desde sus inicios con el mercado mundial, más allá de los límites que quería imponerle la Corona. Desde 1809 la libertad de comercio había obrado positivamente. La prosperidad que todos advertían en 1862 era consecuencia de anteriores

experiencias exitosas, todas vinculadas con el mercado mundial y la actividad pecuaria. La tarea del gobernante no consistía, en su opinión, en forzar caminos de crecimiento contra la corriente, sino en percibir las tendencias reales y ayudar a desarrollarlas. En materia de inmigración, se postergaron los proyectos de colonización oficial, y solo se concretó uno con inmigrantes galeses en la Patagonia. En Santa Fe, la venta de tierras fiscales para obtener recursos dio lugar al establecimiento de las primeras colonias en las cercanías de Rosario, muy pronto vinculadas a esta ciudad por un ferrocarril. Los problemas sobre la propiedad de la tierra y las cuestiones litigiosas provenientes de usos y costumbres antiguos se laudaron en el Código de Comercio y el Código Civil, que establecieron de manera contundente el principio de la propiedad plena.

Para Mitre la cuestión prioritaria eran los ferrocarriles. La inversión privada llegaba lentamente, inclusive en aquellos proyectos, como el Ferrocarril Oeste, que atravesaban zonas ya en producción, con ganancias iniciales seguras. A este ferrocarril, que pasó a propiedad de la provincia de Buenos Aires, se le garantizó una ganancia anual del 7%; un criterio similar se aplicó en el caso de la empresa inglesa que comenzó a construir el ferrocarril Sur. Al término del mandato presidencial de Mitre los avances no eran menores pero tampoco espectaculares: las vías férreas llegaban respectivamente a Chivilcoy y Dolores.

El Ferrocarril Central Argentino, que uniría Rosario con Córdoba, era un caso diferente. Atravesaba una región de momento despoblada pero potencialmente muy rica, a la que se pretendía extender los exitosos resultados de la agricultura en las colonias, “la región del trigo” alabada luego por Estanislao Zeballos. Para todos era clara su importancia, para la agricultura y el comercio interior y también para la integración política del país. Pero se trataba de una inversión de largo plazo. Por eso, a la garantía del 7% se agregó un incentivo adicional: la entrega de una legua de tierra al costado de

cada vía. El Estado supervisó la construcción, encargada al ingeniero Guillermo Wheelwright, conocido por sus obras ferroviarias en Chile. En 1870, ya con Sarmiento en la presidencia, el ferrocarril llegó a Córdoba.

La Guerra con el Paraguay, 1865-70

En 1865 cuando la Argentina entró en guerra con Paraguay, en alianza con el Imperio de Brasil y la República Oriental del Uruguay. Larga y sangrienta, la guerra tuvo consecuencias de magnitud en la construcción de la Argentina.

Los orígenes del conflicto se encuentran en la situación de la Cuenca del Plata: las imprecisas fronteras entre los cuatro estados en construcción y el tradicional entrecruzamiento de las divisiones políticas de cada uno de los países. En esta ocasión el desencadenante fue el conflicto en la Banda Oriental entre blancos y colorados, dos partidos tradicionales, que tuvieron simpatizantes entre los federales y los liberales argentinos. Brasil, gobernado desde 1862 por los liberales, apoyó a los colorados e intervino abiertamente en la contienda. En Paraguay llegó al gobierno Francisco Solano López, hijo del presidente Carlos Antonio López, educado en Francia; impresionado por el ejemplo del emperador Luis Napoleón Bonaparte, quiso hacer de su país una potencia regional.

Mitre trató de no involucrarse en los conflictos de los países vecinos. Así en 1864 se rehusó a sumarse al Pacto Americano y a enfrentarse con España, estado con el que, luego de largas negociaciones, estaba estableciendo relaciones diplomáticas. Pero en 1865 se produjo el casus belli: Paraguay solicitó autorización para atravesar la provincia de Corrientes e invadir el Mato Grosso brasileño, y ante la negativa argentina, optó por ocupar Corrientes. Rápidamente Uruguay -ya gobernado por los colorados-, el Imperio de Brasil y la Argentina declararon la guerra y firmaron el tratado de la Triple Alianza, proclamando que se proponían liberar al pueblo paraguayo del yugo despótico de

López.

La opinión pública porteña adhirió sin restricciones a una guerra que creían corta y gloriosa. En las provincias interiores, en cambio, Paraguay despertó solidaridades, y muchos esperaron el apoyo de Urquiza, quien sin embargo, con pocas palabras, mostró su adhesión al gobierno nacional. Este organizó apresuradamente un ejército adecuado a la magnitud del conflicto. Convocó a las guardias cívicas provinciales y realizó levadas forzosas, que generaron fuertes resistencias en las provincias, e incluso en Entre Ríos. Fue una primera señal de una desobediencia que poco después se convirtió en oposición armada.

En la guerra, que se prolongó hasta 1870, murieron 300.000 hombres, en su mayoría paraguayos; entre ellos, 18.000 soldados argentinos, víctimas sobre todo del hambre y las enfermedades. Con un ejército largamente preparado, Paraguay golpeó primero e invadió el Mato Grosso y Corrientes, de donde fueron desalojados a fines de 1865 por el ejército aliado comandado por Mitre. Por entonces, la flota paraguaya fue destruida en un combate naval. Desde 1866 Paraguay estuvo a la defensiva. Los aliados dominaban los ríos pero tuvieron grandes dificultades para rendir las fortalezas construidas por Paraguay en el "cuadrilátero", ubicado en la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay. Durante dos años los aliados las asediaron sin éxito; triunfaron en varios combates, pero sufrieron una aplastante derrota ante la fortaleza de Curupaytí, que dejó un tendal de muertos. Por entonces, el humor de los porteños estaba cambiando, aún cuando a fines de 1868 los aliados conquistaron la fortaleza de Humaitá y comenzaron a avanzar en territorio paraguayo.

Ese año Mitre había dejado la conducción del ejército, y la mayoría de las tropas argentinas abandonó el frente. Durante los dos años siguientes las fuerzas brasileñas fueron doblegando la resistencia de los paraguayos, que se retiraban dejando la tierra arrasada. En 1870 alcanzaron a López y lo mataron, con lo que cesó la resistencia. Los

brasileños ocuparon Paraguay hasta 1876 y luego de largas negociaciones, el tratado de paz incluyó la cesión a Brasil de una parte importante del Chaco hasta entonces paraguayo. Los argentinos, por su parte, se quedaron con las tierras al sur del río Bermejo.

La guerra provocó un extendido alzamiento de las provincias cuyanas y del noroeste. Lo que comenzó como una resistencia a las levas se convirtió en 1866 en una serie de levantamientos locales, que en 1867 convergieron en una gran rebelión contra el debilitado poder central. Fue el segundo acto del alzamiento encabezado por Peñaloza en 1863. Uno de sus lugartenientes, Felipe Varela, se puso al frente y lanzó una proclama en defensa de la Constitución, violada -según decía- por el gobierno central manejado por los porteños. Mitre se instaló en Rosario, trajo del frente paraguayo varios regimientos y sofocó el levantamiento, que cesó cuando el santiagueño Taboada venció a Varela en Pozo de Vargas.

En Buenos Aires, a medida que pasaba el tiempo y aumentaban los muertos, se consolidó la opinión contraria a la guerra, a su conducción y en especial a Mitre. A los antiguos federales se sumaron los autonomistas porteños, quienes, entre otros argumentos, criticaron la alianza con el "Imperio esclavócrata" y se solidarizaron con el pueblo paraguayo y su dolor, tema al que cantó Carlos Guido Spano. Entre tantas calamidades, se habló poco de algunas consecuencias positivas, como el estímulo que recibió la actividad económica vinculada al abastecimiento del ejército, y particularmente Rosario, donde se concentró el envío de los alimentos y pertrechos. La guerra impulsó la consolidación del Estado central y el incremento de sus funciones y atribuciones. También contribuyó a desarrollar la conciencia de pertenencia a una nación común. En lo inmediato, lo más saliente fue la organización del Ejército nacional, que mejoró su organización y capacidad de acción, y la ampliación de un cuerpo de jefes y oficiales más profesionales, vinculados por lazos forjados en el

combate, que antes de terminada la guerra comenzaron a hacer oír su voz en la política. Los dos grandes perdedores fueron Mitre, con su prestigio por el suelo, y Urquiza, cuyas posiciones prudentes y responsables y su solidaridad con el gobierno central le ganaron el odio de quienes seguían identificándose con el federalismo faccioso.

Sarmiento diplomático

Sarmiento contempló la mayor parte de la guerra en el exterior. Primero estuvo en Chile, en momentos en que estaba en pleno desarrollo la agresión a Perú por una flota española que operaba en el Pacífico. Sarmiento se metió de lleno, y sin aviso previo, en la política exterior del gobierno argentino. Mientras Mitre trataba de mantenerse a distancia del conflicto, Sarmiento declaró que Chile y la Argentina debían solidarizarse con el resto de los países americanos que repudiaban la acción española. Contra la opinión del gobierno, concurrió al Congreso Americano realizado en Lima y pronunció un encendido discurso, que le valió una gran ovación de los asistentes, y una nueva reprimenda de Mitre y su canciller Elizalde, quienes sin embargo no lo desautorizaron. En mayo de 1865 llegó a Nueva York. Poco antes el presidente Lincoln había sido asesinado y los sureños se habían rendido, concluyendo la larga guerra de Secesión. Asistió al desfile de las tropas norteamericanas, que volvían del campo de batalla, admiró sus uniformes y su armamento y pensó en que el ejército argentino podía seguir ese ejemplo.

Estuvo en ese país hasta principios de 1868. Se enteró de la muerte de Dominguito, caído en la batalla de Curupaytí. Tuvo ricas experiencias sociales y culturales, de las que se habla en otro de los trabajos de este volumen. Solo destacaremos el impacto que le produjo la figura de Lincoln, de quien escribió una biografía. Admiró al estadista republicano capaz de moldear, con mano firme, la unidad de la nación. La polémica

suspensión del habeas corpus y de la libertad de prensa durante la guerra le parecieron un aval a su discutida decisión de implantar el estado de sitio en San Juan, objetada por juristas y autoridades nacionales. En 1867 escribió al ministro de Relaciones Exteriores argentino: “el principio de que las libertades individuales y las de Estado ceden, en casos de insurrección, a la suprema necesidad de salvar la integridad amenazada del territorio, o esa misma constitución a cuya sombra quieren acogerse los que intenten derribarla”. Lincoln se convirtió en su modelo de presidente, al menos para las circunstancias que atravesaba su país. Este pensamiento no era una ensoñación. Por entonces Sarmiento había decidido que quería ser presidente de la Argentina. La misma idea se le estaba ocurriendo a un grupo de compatriotas suyos.

SARMIENTO PRESIDENTE

La elección

En la Argentina trabajaban para su candidatura sus amigos -Vélez Sarsfield y su hija Aurelia-, el tucumano José Posse-, los hermanos Varela, propietarios de La Tribuna, y el tucumano Nicolás Avellaneda. También algunos jefes militares, como los generales Arredondo y Emilio Mitre -hermano de Bartolomé-, y el joven Lucio V. Mansilla, vinculado con el autonomismo, quienes fueron volcando la opinión de una fuerza decisiva en las elecciones.

Estaban lejos de constituir un partido, como el federal que apoyaba a Urquiza, el autonomista de Alsina y el mitrista que sostenía a Rufino de Elizalde. Pero la situación estaba abierta para la candidatura de un outsider como Sarmiento. El partido federal, desilusionado con su jefe, estaba en retirada. Alsina difícilmente lograría el indispensable apoyo de las provincias. Mitre, que podía ser el gran elector, estaba muy desprestigiado por su conducción de la guerra, y aunque criticó duramente a Urquiza y

Alsina y respaldó a su ministro Elizalde, afirmó con temple republicano que no participaría de los “trabajos electorales”.

Las provincias eran un enigma. Quien controlara “la situación”, es decir el gobierno, podía disponer de los electores de su provincia. Luego de 1867 la mayoría de las “situaciones” había cambiado de manos. Los federales retrocedían, desplazados por los liberales, quienes no eran exactamente los mismos que diez años atrás, pues se incorporaba mucha gente nueva y las viejas divisiones comenzaban a esfumarse. Pero sobre todo, la intervención de los jefes militares acampados en las cercanías era decisiva. Así, Arredondo, que apoyaba a Sarmiento, influyó en Córdoba y en las provincias cuyanas, y los santiagueños Taboada inclinaron la balanza en favor de Mitre en Tucumán y Catamarca.

En abril de 1868 la designación de electores presidenciales mostró paridad de votos entre los cuatro candidatos. Alsina, ganador en Buenos Aires, retiró su candidatura, se postuló para vice presidente y negoció sus decisivos votos con todos los candidatos. Finalmente los electores porteños se inclinaron por Sarmiento, quien se impuso holgadamente en el Colegio Electoral, acompañado en la vice presidencia por Alsina. Sarmiento, en viaje desde Estados Unidos, se enteró varios días después, cuando el barco hizo escala en Pernambuco. Sin embargo, estaba seguro de que triunfaría, y dedicó su tiempo a pensar en el futuro.

Llegaba al gobierno solo, sin el apoyo de un partido pero también sin ataduras ni compromisos, una situación ideal para alguien independiente, con sólidas convicciones y un singular talento táctico, que le permitía adecuarse a situaciones cambiantes. En los discursos que pronunció al llegar al país afirmó sus ideas de siempre. La agricultura, la educación, la ciencia y la cultura eran las claves de un progreso que no era un vago ideal sino un objetivo preciso, al alcance de la acción y la voluntad humana. Puntualiza N. Botana que igual importancia asignaba a las libertades personales, y sobre todo a la

libertad de conciencia, pues tenía la seguridad de que “el libre desarrollo de las facultades humanas” permitía que “la razón pública se desenvuelva y corrija sus errores a fin de que la utopía de hoy sea la realidad de mañana”.

De su viaje a Estados Unidos había recogido la enseñanza de su admirado Lincoln, que robustecía las lecciones dejadas por su frustrada experiencia como gobernador de San Juan. Nada era posible sin orden, condición necesaria del progreso. Y en las jóvenes repúblicas americanas el orden dependía del poder central.

Consolidar el orden con la espada

Hilda Sabato ha señalado que, más allá de las continuidades entre las presidencias de Mitre y de Sarmiento, con éste se produjo “un viraje en la forma de conducir el Estado y en los mecanismos de funcionamiento del régimen político”, producto de su convicción, férreamente sostenida, de consolidar la centralización política. Esto se manifestó en la manera de encarar las cuestiones relativas al progreso pero, sobre todo, en su decisión de afirmar la autoridad del estado central, suprimiendo los cuestionamientos realizados en nombre de las autonomías provinciales.

Mejorar las comunicaciones internas era fundamental para el progreso económico pero también para hacer efectiva la presencia del Estado en todo el país. El correo duplicó su actividad y multiplicó las oficinas postales. Los hilos del telégrafo llegaron hasta todas las capitales provinciales, permitiendo la información al instante y también la transmisión de las órdenes, decisiva en los conflictos armados. Las comunicaciones internacionales se transformaron con la inauguración del cable submarino que, a través de Brasil, llegaba a Europa.

Se intensificaron los esfuerzos para mejorar los caminos -por donde circulaban los modernos carros y diligencias- y se estudiaron las posibilidades de la navegación fluvial, que ya era intensa en el río Paraná. Pero los mayores esfuerzos se pusieron en los

ferrocarriles, triplicando las vías tendidas. Los del Oeste y el Sur crecieron a su ritmo, cubriendo el área del lanar, de beneficios seguros. El Central Argentino, iniciado en tiempos de Mitre, llegó a Córdoba en 1870. Por entonces se tomó la decisión de extenderlo a Tucumán, una provincia clave en la política y en la economía, y de construir el ramal entre Villa María y Río Cuarto.

Grandes instrumentos en la consolidación del poder central eran el Ejército y la Marina de Guerra, a órdenes directas del presidente. Para formar un cuerpo de oficiales profesional Sarmiento fundó en 1869 el Colegio Militar -se contrataron profesores extranjeros- y en 1872 la Escuela Naval. Compró barcos de guerra -la "flota de Sarmiento-, y los pertrechos y armamentos más modernos: los fusiles Remington, las ametralladoras Gatling y los cañones Krupp, que se estrenaron de inmediato en Entre Ríos.

En esa provincia se libró una nueva batalla en la larga guerra, concluida en 1880, por la que el Estado central fue sometiendo los desafíos de las provincias. Luego de Pavón, Urquiza se había hecho fuerte en Entre Ríos, donde consolidó un sólido poder militar. La relación prudente y amistosa que mantuvo con Mitre, y sobre todo su negativa a participar de los levantamientos provinciales, había decepcionado a los federales. A principios de 1870 invitó a visitar la provincia al presidente Sarmiento, uno de sus enemigos más enconados, y en medio de grandes agasajos y discursos grandilocuentes pareció sellarse el acuerdo definitivo. Dos meses después Urquiza fue asesinado, durante el levantamiento encabezado por uno de sus lugartenientes, Ricardo López Jordán. Confluyeron allí la sensibilidad federal humillada con la aparición de nuevos protagonistas, que deseaban renovar la vida política local. Luego de consultar con los políticos más destacados, Sarmiento decidió intervenir la provincia e invadirla.

El Ejército de Línea y la Guardia Nacional, bien organizados y comandados por jefes veteranos de la Guerra del Paraguay, se movilizaron utilizando el ferrocarril y los

buques fluviales. Los rebeldes contaban con fuerzas importantes -la mítica e invicta caballería entrerriana- y también modernos fusiles, carabinas y cañones que -señala M.A. de Marco- Urquiza había almacenado. El apoyo de la población local les permitió sostener una guerra prolongada, rehuyendo los grandes combates, hasta que, diez meses después, en Ñaembé, Corrientes, la tropa entrerriana fue derrotada por fuerzas nacionales superiores, comandadas por jóvenes oficiales. Uno de ellos, el teniente coronel Roca, fue ascendido en el campo de batalla.

Los López Jordán se refugiaron en Uruguay y dos años después volvieron a atacar. El equilibrio de las fuerzas había cambiado. Los entrerrianos estaban peor equipados, y las tropas nacionales empleaban los cañones, los fusiles y las ametralladoras, con las que Sarmiento hizo dos demostraciones, disparando contra los muros del Colegio Nacional de Rosario y la Escuela Normal de Paraná. Era toda una metáfora de la complementación entre la espada, la pluma y la palabra. Esta vez la guerra duró algo menos, siete meses, hasta la derrota definitiva de los entrerrianos en Don Gonzalo.

El sometimiento de Entre Ríos fue un jalón importante en la imposición del orden en la nación. Otro, menos sangriento, fue la reducción del poder de los hermanos Taboada, caudillos mitrista de Santiago del Estero, con un poderoso aparato militar y gran influencia en las provincias vecinas. Esta vez Sarmiento avanzó gradualmente.

Mediante intervenciones federales, y con la presencia del Ejército, fue asegurando el control de las provincias vecinas. Luego, reemplazó a Antonino Taboada, jefe de la Guardia provincial, limitando el poder de su hermano Manuel, el gobernador.

En el resto de las provincias se obtuvieron resultados similares con menos sangre, aunque con igual decisión. Sarmiento se desentendió de las viejas banderías locales, federales o liberales y promovió grupos nuevos, de diversos orígenes pero afectos al poder central y dependientes de su apoyo. Frecuentemente surgieron luego de intervenciones federales, que los promovieron, en las que fue decisiva la presencia del

Ejército, dirigido primero por Arredondo y luego por Ivanowski. Las tropas actuaban discrecionalmente, promoviendo rebeliones o sofocándolas, y manipulando los comicios. En la empresa también colaboraron los empleados públicos nacionales -jefes de Correo, jueces, profesores de colegios nacionales- convertidos, según el llamado “sistema francés”, en la tropa civil del Estado central. La fidelidad de los gobiernos amigos fue recompensada con la entrega de armamentos o de subsidios financieros. Al fin de su gobierno, Sarmiento había echado las bases de un nuevo ordenamiento político que, gradualmente, permitió limitar el uso de la fuerza.

Impulsar el progreso con la razón y la voluntad

El progreso era lo que justificaba la imposición del orden por la fuerza. Sarmiento llegó a la presidencia lleno de proyectos e ideas. ¿Cuántas de ellas pudo realizar, o al menos dejar encausadas?

Las estadísticas eran un instrumento indispensable para la acción eficaz. Mucho se venía haciendo: la creación del Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires, la recolección de datos sobre comercio exterior e inmigración permitieron la formación del personal capacitado. Pero el instrumento por excelencia era el Censo de Población, que se levantó en 1869.

El censo mostró en cifras los cambios que se estaban produciendo a ojos vista. La población total superaba el millón ochocientos mil habitantes, aproximadamente, pues la población indígena solo fue estimada. Respecto de 1857 había crecido a una tasa del 2,8% anual, que D. Celton compara con el crecimiento -más gruesamente estimado- del 1,8% anual entre 1839 y 1857. 160.000 de ellos eran extranjeros no americanos, en su mayoría adultos varones provenientes de regiones de Italia, España y Francia. En la ciudad de Buenos Aires los extranjeros representaban la mitad de la población; en la provincia de Buenos Aires eran el 30%, en la ciudad de Rosario el 27% y en la provincia

de Santa Fe el 15%. El equilibrio regional comenzó a cambiar. La proporción de habitantes en las provincias litorales y Córdoba ya superaba el 50% mientras que la del Interior declinó al 40% y la de Cuyo bajaba moderadamente, en torno al 10%. También crecía la población urbana, que llegaba al 30%. La tendencia que las cifras indicaban se acentuó en los censos siguientes, hasta 1914.

Todos estos datos podían relacionarse con avances en el progreso. Las estadísticas educativas mostraban la magnitud de la tarea por realizar: entre los mayores de seis años, ocho de cada diez personas eran analfabetas; en la ciudad de Buenos Aires solo cinco de cada diez lo eran.

La inmigración europea creció significativamente durante los años de la presidencia de Sarmiento, alcanzando topes muy altos -unos 30.000 en 1870 y cerca de 50.000 en 1873- anunciadoras de lo que, unos años después, sería un aluvión. Para Mitre la inmigración era un proceso espontáneo, que no necesitaba ser ni promovido ni dirigido. Sarmiento, en cambio, adhería con entusiasmo a la “utopía agraria”: el impulso a la inmigración, que debía acompañarse con la entrega de tierras, el fomento de la agricultura, la promoción de explotaciones pequeñas o medianas, el estímulo de los municipios y la educación. Todo esto requería políticas vigorosas, que encaró con su optimismo habitual.

Para promover la emigración europea, y orientar el tipo de inmigrantes creó la Comisión Central de Inmigración, en la que el Estado se asoció con grupos particulares. En los principales países europeos -Italia, España, Francia, Suiza- agentes y cónsules se ocuparon de la propaganda. Para fomentar la agricultura, llevar estadísticas y difundir saberes técnicos creó el Departamento de Agricultura, y fundó la Quinta Experimental de Buenos Aires. En 1873 envió al Congreso una ley que autorizaba la subdivisión y entrega de la tierra pública de los territorios nacionales; el proyecto fracasó, por la oposición de quienes tenían en mente otras formas de poner en explotación las tierras

fiscales. En Santa Fe comenzaron a expandirse las promovidas por el Ferrocarril Central Argentino, basadas en el arrendamiento de la tierra.

Es dudoso que el incremento migratorio se debiera a los atractivos agrícolas; los jóvenes migrantes venían atraídos por los altos salarios, que les permitieran retornar a su país con una buena cantidad ahorrada, y en las ciudades había más trabajo.

Probablemente -sostiene F. Devoto- fueron más eficaces los esfuerzos de los empresarios de emigración, que crearon una imagen atractiva de la Argentina, de las lucrativas compañías navieras que los transportaban y de la acción de los primeros inmigrantes instalados, que estimularon y facilitaron la llegada de parientes y amigos. En 1876 se sancionó la ley de Inmigración y Colonización, que reunió en un mismo texto las nuevas realidades y las viejas ilusiones. La ley creó una serie de mecanismos para la promoción activa de la inmigración, facilitando la llegada y la instalación inicial, pero solo contuvo referencias generales a la colonización y la propiedad de la tierra.

Los efectos de la voluntad reformadora fueron más exitosos en el terreno educativo. Para desarrollar el gran proyecto de la educación común se necesitaban maestros bien formados y calificados. Sarmiento había elaborado su proyecto en Estados Unidos, en diálogo con el educador Horace Mann y su esposa Mary Peabody, que lo ayudó con entusiasmo durante muchos años. En 1870 se fundó la Escuela Normal de Paraná, la primera de un proyecto sostenido consecuentemente por el Estado, pues en 1885 se habían fundado escuelas normales en las principales ciudades del país.

En Paraná se puso a prueba el modelo. Se trataba de una escuela de varones, que muy pronto fue mixta, con una escuela de aplicación anexa, gratuita y con un sistema de becas para atraer alumnos de todo el país. La organizó el educador norteamericano George Stearns, quien convocó a un grupo de maestras norteamericanas, en su mayoría protestantes, seleccionadas por Mary Mann y formadas en el método de Pestalozzi. Fueron las primeras de un contingente de esforzadas pioneras que llegó al

país desde entonces y hasta mediados de la década de 1890, y que se desempeñaron en las nuevas Escuelas normales o en escuelas primarias de todo el país. Pronto se le sumaron los egresados de Paraná, conformando un grupo de ideas firmes y coherentes, y sólida formación didáctica. Enfrentaron todo tipo de dificultades, desde las condiciones materiales de existencia hasta la cerrada oposición de la Iglesia y de los sectores tradicionales, que incluso las estigmatizaron. Algo del voluntarismo sarmientino había en ellas, pues lucharon, cumplieron con su tarea y en muchos casos se radicaron definitivamente en el país.

Un impulso similar dio Sarmiento a la ciencia, que juzgaba tan importante para el progreso como la educación. M. Monserrat ha señalado dos vertientes de esa convicción científica sarmientina. Una provenía de la Ilustración y el lugar que se asignaba a las ciencias naturales como agente del cambio ideológico y social, y particularmente a su vanguardia, la astronomía, a la que décadas después se sumaría el evolucionismo biológico. Por otra parte, en su experiencia norteamericana Sarmiento se familiarizó con otra tradición, en la que la ciencia evocaba principalmente una racionalidad instrumental, que se aplicaba tanto a la naturaleza como a la sociedad, que podía transformarse por la educación.

Las ciencias físico naturales ya tenían un gran estímulo en la Universidad de Buenos Aires, bajo el rectorado de Juan María Gutiérrez, quien contrató un grupo de científicos italianos para promover el Departamento de Ciencias Exactas. Sus frutos ya maduraban: en 1870 se graduó la primera camada de ingenieros argentinos, los “doce apóstoles” y en 1875 se fundó la Sociedad Científica Argentina. Sarmiento promovió un polo científico en Córdoba, donde el astrónomo norteamericano Benjamín Gould fundó el pronto célebre Observatorio Astronómico, y Germán Burmeister fue encargado de organizar la Academia Nacional de Ciencias.

Córdoba, donde el país moderno se articulaba con el tradicional, tuvo un lugar especial

en la estrategia progresista de Sarmiento. En Facundo había señalado la fuerza de la tradición clerical y conservadora, reforzada más recientemente por la moderna corriente ultramontana. En Córdoba habría de librarse la gran batalla del progreso. En 1870 llegó a Córdoba el ferrocarril, imagen de la modernidad, y casi simultáneamente se iniciaron el Observatorio y la Academia. En Córdoba organizó la Exposición Nacional, a semejanza de otras grandes exposiciones de la época. Allí se exhibió la moderna maquinaria que se estaba incorporando a la producción rural y manufacturera, junto con los productos de las industrias de las provincias, que prepararon para la ocasión detallados informes.

Luego se superaron un sinnúmero de inconvenientes, y de generar las más encendidas críticas, la exposición se inauguró en octubre de 1871. Parte de la exhibición fueron las instalaciones, como el Gran Palacio, en hierro y madera, que se trajo desarmado de Estados Unidos. Fue un espectáculo lucido, que duró tres meses. Aunque poco quedó de lo material, esta suerte de sinfonía del progreso debe de haber dejado su huella en el imaginario.

Por entonces la economía se hallaba en plena expansión. Concluida la guerra del Paraguay en 1868, y pese al inconveniente de las guerras en Entre Ríos, la economía despegó, con récords de producción lanera, de exportaciones, importaciones e inmigración. El núcleo dinámico estaba en Buenos Aires y desde allí se prolongaba al resto del país. El gobierno emprendió una cantidad de obras públicas -ya se mencionaron las más importantes- que pudo financiar con un importante empréstito de seis millones de libras contratado con la casa bancaria londinense Murrieta.

El empréstito se tradujo en fluidez monetaria y en expansión del crédito. En 1872 se fundó el Banco Nacional, que emitió moneda y significó un paso importante para independizar al joven Estado de la tutela de la provincia de Buenos Aires. Los gastos aumentaron de manera notable -un 60% entre 1868 y 1873- mientras que los ingresos,

cuya base eran los derechos aduaneros, crecieron más lentamente. El déficit se cubrió con el crédito externo, cuyos servicios se pagaban, en esos años de bonanza general, con nuevos créditos. Esa fue la endeble base financiera de la euforia económica de esos años, que fue afectada por la crisis mundial de 1873 y cuyos efectos se prolongaron durante la parte inicial del gobierno de Avellaneda.

Política complicada, sucesión conflictiva

No solo las finanzas complicaron el proyecto de reformas de Sarmiento. El complejo trámite del tratado de paz con Paraguay y luego las guerras contra López Jordán insumieron muchísimo tiempo y esfuerzo, casi tanto como la intrincada situación política. Hombre sin partido, Sarmiento pudo impulsar muchas iniciativas sin necesidad de consultas, pero en cambio no tuvo un apoyo orgánico y disciplinado en el Congreso, donde cada propuesta fue una batalla, ni tampoco en la opinión pública.

En el Senado el mayor problema era el ex presidente Bartolomé Mitre. Distanciado de Sarmiento, comandó en el Senado una oposición severa al gobierno y discutió cada cuestión con sólidos argumentos. El gobierno logró sacar adelante algunas propuestas y se resignó al fracaso de otras. Estos enfrentamientos no impidieron que Sarmiento consultara a Mitre en ocasión de decisiones importantes, como la intervención a la provincia de Entre Ríos, y sobre todo que le encomendara la difícil negociación con Brasil con motivo de la firma del tratado de paz con Paraguay.

A través de los periódicos, los intensos debates del Congreso llegaban a una opinión pública interesada y activa. Los lectores aumentaron, sobre todo porque los diarios, que comenzaron a venderse en la calle, diversificaron su contenido, incluyendo temas comerciales, noticias mundiales, folletines y avisos. Eso hicieron La Nación Argentina, el diario de Mitre convertido en La Nación, y La Prensa, fundado en 1869 por José C. Paz. Ambos se opusieron a Sarmiento, a quien defendían La Tribuna, el diario de los

Varela, y El Nacional Argentino, el diario desde donde Sarmiento siguió interviniendo en las polémicas de opinión.

Las opiniones de Sarmiento y Mitre formaban parte del cotidiano debate, que se desarrollaba en la calle o en las numerosas asociaciones que florecían por entonces. Hilda Sabato ha señalado la importancia de las corrientes de opinión surgidas de la prensa y de estos debates, y su concreción en celebraciones, movilizaciones o peticiones. Muchos temas importantes se discutieron en esos años, y la opinión influyó en las decisiones de los legisladores. Entre ellos, el más significativo fue la elección del sucesor de Sarmiento.

En 1868 Mitre había actuado moderadamente en apoyo de su candidato, pero Sarmiento eligió el suyo tempranamente y comenzó a promoverlo. En 1871, durante la Feria de Córdoba, a la que asistieron gobernadores y políticos de peso, se anunció extraoficialmente que apoyaba a su ministro de Educación Nicolás Avellaneda, un hombre con quien tenía coincidencia y divergencias, pero cuya capacidad y orientación general le parecían adecuadas, y superiores a las de sus competidores: Adolfo Alsina, su vice presidente, y Bartolomé Mitre, jefe del Partido Nacionalista.

Como Sarmiento, Avellaneda era provinciano. Tenía buenos amigos en Tucumán, su provincia natal, y en Córdoba, donde estudió. También en Buenos Aires, donde fue periodista y desempeñó eficientemente diversos cargos. Sobre todo, era apreciado por un sector activo de oficiales del ejército, encabezados por el coronel Roca.

En Buenos Aires había una competencia seria entre Mitre y Alsina, que ya habían confrontado en otras ocasiones. La opinión se comprometió intensamente en la contienda, desempeñando un papel importante, aún cuando en los comicios también pesaran las autoridades y las maquinas electorales y fuera común el uso de la violencia. En las provincias, un actor decisivo era el Ejército, y tras suyo el gobierno nacional, que desplazó al general Arredondo, quien apoyaba a Mitre, remplazándolo por el leal

general Ivanowski. Por entonces, Mitre contaba con buenos apoyos en San Juan y en Santiago del Estero. Alsina, quien también tenía apoyos en algunas provincias, no podía ser candidato por ser vice presidente, y los nombres de otros autonomistas, como Carlos Tejedor o Manuel Quintana, suscitaron poco entusiasmo.

En febrero de 1874 se eligieron diputados nacionales. Convenientemente trabajadas, diez provincias dieron su apoyo a los candidatos de Avellaneda, Catamarca y La Rioja lo hicieron por los alsinistas y Santiago del Estero por Mitre. En Buenos Aires, donde los comicios fueron competitivos, triunfó el alsinismo pero los mitristas reclamaron que había habido fraude, cosa que usualmente hacían los derrotados, como siempre con buenos argumentos.

Luego de ese primer tanteo, Alsina consideró inviable una candidatura autonomista pura y ofreció su apoyo a Avellaneda, a cambio de la vice presidencia para Mariano Acosta y el ministerio de Guerra para él, que tenía un proyecto sobre como resolver la cuestión de la frontera sur. En abril se eligieron los electores a presidente. Avellaneda reunió 146 y Mitre, que esta vez triunfó en Buenos Aires, 76. Faltaban seis meses para que el nuevo presidente asumiera.

Mitre y sus partidarios decidieron organizar una revolución en la que, como en otras de la época, se proclamaba la defensa de las libertades contra los déspotas. La Nación y La Prensa lanzaron la campaña de agitación de la opinión, especialmente en Buenos Aires, mientras los jefes militares amigos -los generales Arredondo y Rivas- aseguraban el apoyo de varias guardias nacionales de provincia, algunos regimientos del Ejército de línea y algunos buques de guerra, y exploraban otras posibles adhesiones. El levantamiento estaba planeado para el 12 de octubre -de modo que el gobierno legal terminara su mandato- pero debió anticiparse a fines de setiembre.

Por entonces Sarmiento, ante la evidencia del levantamiento que se gestaba, vistió el uniforme de coronel y se puso al frente de las tareas de represión. Por medio del

telégrafo se comunicó con cada gobernador y con los jefes de unidades militares, recordándoles sus deberes constitucionales y los riesgos que acarrearía un levantamiento contra las autoridades legales. Declaró en estado de sitio en Buenos Aires y las provincias litorales, clausuró los diarios opositores y trazó los planes de las fuerzas militares encargadas de la represión, cuyo número, equipamiento y organización aseguraba la victoria, pero no cerraba la posibilidad del combate.

Antes de que los enfrentamientos se produjeran, el 12 de octubre transfirió el mando a Avellaneda. Con la misma convicción con que había asumido la imposición del orden, dijo entonces: “Este bastón y esta banda inspirarán lo que debéis hacer. Es la autoridad y el mando. Mandad y seréis obedecido”.

La situación militar se resolvió en diciembre. Mitre fue derrotado en La Verde y poco después Arredondo era vencido en Santa Rosa. Comandaba el ejército nacional el coronel Roca, el vencedor de López Jordán en Ñaembé, que nuevamente fue ascendido a general en el campo de batalla.

LAS ULTIMAS BATALLAS

Rápidamente Sarmiento, que siguió escribiendo en El Nacional, se reincorporó a la vida política, como senador por San Juan. Poco después, la provincia de Buenos Aires lo designó Director General de Escuelas y editor de La educación común en Buenos Aires. Con la pluma y la palabra libró innumerables combates, algunos importantes y otros más personales. En 1877 se opuso con energía a la convocatoria de Avellaneda a la conciliación de los partidos -el autonomista y el mitrista- y a la amnistía de los revolucionarios de 1874. Pronto lo rodeó un grupo de jóvenes autonomistas disidentes -entre ellos Aristóbulo del Valle y Miguel Cané- que buscaban el apoyo de una figura de peso. La conciliación se rompió en 1879, cuando los partidos comenzaron a prepararse

para las elecciones presidenciales, y Avellaneda lo convocó para ocupar el ministerio del Interior. Sarmiento duró en el cargo un par de semanas; probablemente por entonces dio forma a una idea que seguramente ya estaba en su mente: volver a la presidencia.

Por entonces la opinión se polarizaba en dos candidatos: el general Roca, que contaba con el apoyo del presidente y de la mayoría de las provincias, y el gobernador de la provincia de Buenos Aires Carlos Tejedor, un autonomista dispuesto, como Mitre en 1874, a desafiar la nueva fuerza política que se gestaba y organizar lo que sería el último y más grave desafío de una provincia al orden constitucional nacional. Tejedor convocó a la Guardia de la provincia, creó otros cuerpos y compró armas. Antes de que estallara, hubo múltiples negociaciones, y en ella era frecuente que el nombre de Sarmiento apareciera como un posible candidato de transacción.

En abril se eligieron electores presidenciales, revelando que Tejedor solo contaba con los apoyos de Buenos Aires y Corrientes, mientras que el resto de las provincias apoyaba a Roca. Dos meses después el Colegio Electoral designó a Roca y a F. Madero. Ante el levantamiento en armas de la provincia, el gobierno nacional se trasladó al pueblo de Belgrano. Allí el Congreso sancionó la ley de capitalización de la ciudad porteña. La revolución fue violenta y sangrienta y concluyó con la rendición de Buenos Aires, la intervención de la provincia y, poco después, la aceptación por una nueva Legislatura de la cesión de su ciudad al gobierno nacional.

En los últimos años de su vida Sarmiento intervino menos, y dedicó más tiempo a viajar y a recibir honores, bien merecidos. No le satisfacían todos los resultados de la gran transformación. Había apoyado entusiastamente el desarrollo de las industrias, pero comprobó con desencanto que no todas propendían al progreso social. En Tucumán descubrió que tras las “poderosas máquinas” y las “gloriosas columnas” de las chimeneas de “cien ingenios de azúcar”, había unas “masas pobres e ignorantes” que

vivían “en ranchos agrupados sin orden, hechos del despunte de la caña” con “apariencia de destitución y de pobreza salvaje”. “¿Cuanto tiempo va a durar este estado provisorio?”, se preguntó.

Tampoco le satisficieron los resultados de la inmigración. En conflicto y armonías de las razas en América declara que habían fracasado los planes para integrar a los inmigrantes a la sociedad política. Los inmigrantes no se habían naturalizado ni participaban activamente en las cuestiones públicas, y las colectividades extranjeras se preocupaban menos por el progreso general que por mantener sus instituciones mutuales, educativas o recreativas, y con ellas alimentar la nostalgia por la patria de origen.

La vieja política, que la inmigración no renovaba, se traducía no solo en prácticas cívicas viciosas sino en el reparto, por parte de los gobernantes, de empleos públicos destinados a una clientela formada por la gente decente pobre de provincias. Sarmiento la había conocido en San Juan de niño, y cuando gobernó la provincia y encontró en ellos el freno a sus proyectos renovadores.

En el fondo, la vieja sociedad, que había querido desterrar, finalmente se imponía. Pero seguramente, este pesimismo que acompañó, junto a tantos honores y reconocimientos, los últimos años de su vida se compensó con la satisfacción por el resultado obtenido años antes, en lo que siempre consideró la batalla clave del progreso: la educación.

La ley de educación

En 1881, a poco de asumir, Roca lo nombró Superintendente General de Escuelas de la Nación. Había designado ministro de Educación a un connotado católico, Dídimo Pizarro, quien designó en el Consejo General de Educación que acompañaría la gestión del Superintendente a varios católicos prominentes, como Carlos Guido Spano y Miguel

Navarro Viola, lo que motivó la renuncia de Sarmiento un año después de su designación. Por entonces se había convocado el Congreso Pedagógico, que inició el gran debate sobre la educación, en el que Sarmiento libró su última gran batalla.

No la libró solo, y tampoco fue el protagonista principal. Las iniciativas e ideas que desarrolló en Buenos Aires entre 1856 y 1860 habían arraigado en el medio educativo y también en la opinión de Buenos Aires. Un papel fundamental le cupo a Juana Manso, quien había colaborado con Sarmiento, dirigiendo la Escuela de Catedral al Sur, y lo sucedió en la dirección de los Anales de la Educación Común, que mantuvo hasta su muerte en 1875. Los Anales formaron opinión entre los docentes. Incluyeron informes y estadísticas, difundieron las ideas de Pestalozzi y Froebel e informaron sobre corrientes pedagógicas e innovaciones didácticas. Así fueron dando forma y carnadura a la escuela metódica y gradual, que enseñara conocimientos actualizados y básicos de las ciencias a niños y niñas. Especialmente, la directora de la revista sostuvo los beneficios de la educación laica, libre de las restricciones que imponían al conocimiento las confesiones religiosas.

A esa tarea se sumaron destacados educadores llegados del extranjero, como Alberto Larroque, José María Torres, Amadeo Jacques, George Stearns o Raoul Legout, muy activos en el desarrollo de las escuelas normales y los colegios nacionales. La corriente de opinión se robusteció con una pléyade de intelectuales, escritores y periodistas liberales, republicanos, librepensadores o masones, que intervinieron activamente en el debate público. Los docentes formados con el nuevo sistema se convirtieron en sus principales propagandistas.

En la década de 1870 la educación se convirtió en tema de debate de la opinión pública. La corriente que se fue definiendo como laica fue confrontada por la de los católicos militantes, apoyados por una iglesia que difundía las ideas reaccionarias de Pío IX. Los católicos estuvieron en los debates periodísticos y en la vida política,

militaron en diferentes partidos y se nuclearon tras de la consigna unificadora: la enseñanza de la religión en las escuelas. Su poder no era menor: en la Convención en 1873, que sancionó la Constitución de Buenos Aires, impusieron -por apenas unos pocos votos- la declaración como religión del Estado de la religión católica.

Pero en 1875, al discutirse la ley de Educación de la Provincia, se incorporaron muchas de las ideas de la corriente laica, expresadas por la Sociedad Pestalozzi, que agrupaba un número significativo de docentes bonaerenses. Tal como lo decía la Constitución, se enseñaría religión católica en las escuelas. Pero además, la ley estableció que todas las escuelas dependerían del Departamento de Escuelas y del Consejo General de Educación. El ciclo primario, que recogiendo la tradición sarmientina se denominó educación común, tendría carácter gradual, obligatorio y gratuito. Algunos años después, disposiciones similares características se incorporaron a la ley nacional de educación.

En 1882, cuando se convocó el Congreso Pedagógico, el tema de la enseñanza de la religión en las escuelas estaba en el centro del debate. Al iniciarse la reunión el grupo católico mocionó para que se declarara que la educación era esencialmente católica, una posición que iba más allá de la mera enseñanza de la doctrina. Otra moción propuso que la educación sería obligatoria, laica y gratuita. Por iniciativa del presidente, O. Leguizamón, se decidió excluir de las discusiones la cuestión religiosa, para no trabar el tratamiento del resto de los temas. En minoría, los católicos decidieron retirarse. Luego de un mes de discusiones el Congreso aprobó una serie de recomendaciones que fueron la base del proyecto que poco después presentaron el presidente Roca y su nuevo ministro de Educación, el liberal Eduardo Wilde.

El remplazo de Pizarro por Wilde indicaba que Roca había cambiado de opinión en el tema educativo. Lo hizo más por consideraciones políticas que por razones de principio. La ley tendría vigencia solo en la Capital Federal y los territorios nacionales, y no

afectaría a las provincias, donde más fuerte era la opinión católica. En Buenos Aires, aunque el grupo católico era significativo y muy activo, la opinión laica se había extendido de manera considerable en una sociedad heterogénea, moderna, secularizada y plural. Apoyar la corriente laica le facilitaría bienquistarse con una ciudad donde las heridas dejadas por la revolución de 1880 estaban aún frescas. Finalmente la iglesia católica, lanzada a la defensa intransigente de sus posiciones, estaba desafiando la autoridad presidencial, una cuestión que preocupaba mucho a Roca. Este apeló a la autoridad que le daba el patronato para sancionar a los obispos más díscolos, y finalmente expulsó al nuncio apostólico Matera.

Los debates sobre la ley fueron intensos, en el Congreso y en la opinión. El grupo católico la atacó desde La voz de la Iglesia y La Unión, donde escribían Estrada, Goyena, Tristán Achával, Navarro Viola y otros brillantes polemistas. Del otro lado, Sarmiento y Mitre se habían reencontrado. Desde El Nacional, Sarmiento sacó a relucir sus mejores talentos de polemista, en textos llenos de pasión. A un artículo de Nicolás Avellaneda, “La escuela sin religión” respondió con otro punzante: “La escuela sin la religión de mi mujer”, aludiendo a la esposa de Avellaneda, que integraba el grupo de señoras de la sociedad porteña movilizadas por la iglesia. Más mesuradamente, Mitre defendió en La Nación la libertad de pensamiento y el laicismo. Los artículos de ambos, de mucha repercusión, eran reproducidos por los periódicos de las colectividades locales y por otros en el extranjero.

En 1883 la Cámara de Diputados aprobó la ley. El Senado la rechazó, pero luego de que Diputados confirmara su voto, no se reunieron los dos tercios necesarios para revertir la decisión, y la ley 1420 fue aprobada en 1884.

Desde entonces el programa educativo ha sido considerado uno de los pilares de la construcción de la Argentina. Fue con seguridad la mayor contribución hecha por Sarmiento a esa empresa colectiva.